

Porque para ellos todo pide amor. El campo, la áspera tierra que abre su vientre productor y regala tres ó cuatro frutos, tiene mimos y caricias como si se tratara de un hijo robledizo, duro y noble. La vieja casucha, que es á modo de alquería, es alabada como un palacio ducal; y en las anchas cocinas, en cuyo hogaril se retuercen y chisporrotean las grandes copas de las olivas muertas, avivadas por las gavillas de las vides que se secaron de vejez, se celebran, después de las rudas jornadas del día, hermosas fiestas fraternales en las que se confunden señores y criados; mientras se apura un jarro de buen vino, se dice un cuento picante, de aventuras amorosas, y se comenta la noticia nueva: que los mozos del lugar, al dar una serenata á la María Dolores, la muchacha más guapa del pueblo, se encontraron con el hijo de D. José Alcalde y Felipe el aperador, que estaban disputándose, navaja en mano, los amores de la moza. Y estas disputas por las novias, frente á frente y luchando bizarría con bizarría, son generales en la villa; no se codea ante la fuerza amorosa; hay en el cuerpo un hervor de sangre pasional; se busca al contrario y en la misma reja de la mujer que aún no se decidió por ninguno, se derimen las rivalidades que el amor echó en el camino de estos hombres, que son todo afecto, que rinden férvido culto á la cálida pasión, madre santa del caracter hispano, aventurero y galante, que lo mismo se lanza á un mundo desconocido en busca de una quimera, como enamora á la primera dama con quien tropiece, sin fijarse en alcurnias ni linajes.

Yo sé, porqué bebí el ambiente de esa tierra llana que dá fuerzas de hombría y pone hierro en la voluntad, cómo ha sido ese drama de celos que á los orgullosos de nuestro españolismo nos ha hecho vibrar el intenso cordaje de una música obdiente.

Ella casó con el no amado; fué una imposición parterna acatada obediétemente. Y anduvo el tiempo en un constante esfuerzo de resistencia acallando la pasión primera que llamaba una vez y otra vez á las puertas de la falta. Hasta que un día, el que tuvo más fuerza, el impetuoso amor, saltó por todas las vallas y dijo que para él no había faltas, que todo era perdonable cuando su boca pasional pasaba por las carnes de las amadas.

Y el hombre á quien faltaron, enamorado, fuerte en el amor para ella, como ella para el otro, se venga del olvido de la única manera que correspondía á su característica condición, igual que lo hubieran hecho sus abuelos, como lo harían sus padres, del mismo modo que obrarán los hijos; quitando las vidas que cumplieron; la de ella, porque fué débil para la fé jurada; la de él, porque, roto el lazo, había muerto su existir, que era el mismo existir de la mujer querida. No se puede pensar en divorcios, en etiquetas, en componendas. No se entiende de eso. Se vive ó se muere. Se es fuerte ó se deja el sitio libre para aquellos que lo sean.

Y así aprenden los hijos; y así son las castizas mujeres de mis amados pueblos manchegos; y así corre el fuerte viento de la pasión motiéndose en todos los pechos é inflamando las hogueras, inspirando las seguidillas de los mancebos que van con las guitarras y los *hierrecillos* á darles música á las muchachas, que por rara casualidad se asoman alguna vez á la ventana.

Cuando he leído la noticia del drama impulsado por los celos, ha pasado por mi mente la visión de una escena que tendría lugar por la noche, después del suceso en el cortijo de mi tío Juan Pedro, allá, en las cercanías de la vieja madre del Quijote. Mientras apuraban el jarro de vino, los gañanes comentarían el suceso y aplaudirían, virilmente enardecidos, igual que lo harían mi tío y mi primo, lo hecho por el que no dejó que se burlaran de sus amores. Y cuando más caluroso fuera el comentario, la tía Guadalupe, la mujer del aperador, con acento fuerte defensora de la muerta por haberse entregado á la pasión, como retando á los hombres, diría altiva y sonora:

—Esa era de raza ¡una mujer castiza!

Y mi tío Juan Pedro, y mi primo, y el aperador y los gañanes, pasionales todos, habrán mirado á la tía Guadalupe y no se habrán atrevido á contestarle nada.

Leocadio MARTÍN RUIZ.